
Crónica de la última gran expedición

EL VIAJE AL ARCHIPIÉLAGO DE CHAFARINAS (1980)

por **Á. ENRIQUE SALVO TIERRA**

LABORATORIO DE BOTÁNICA, DPTO. DE BIOLOGÍA VEGETAL, UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

SALVO@UMA.ES

Para un naturalista no hay mayor satisfacción que ser el primero en visitar un lugar inexplorado. Es lo que debieron sentir todos aquellos que durante siglos llevaron a cabo expediciones a lugares desconocidos para el estudio de la naturaleza. Evidentemente cada vez son menos esos lugares del planeta, y por eso cuando hace cuatro décadas Alfredo Asensi me ofreció la oportunidad de viajar al Archipiélago de Chafarinas, tuve la misma sensación de aquellos aventureros. La expedición estaba programada para el año 1979, pero en el último momento tuvo que suspenderse por el agravamiento de las relaciones hispano-marroquíes. Para entonces, estaba previsto que fuese Francisco Conde quien acompañase al Profesor Asensi, lo que no pudo ser al año siguiente por motivos de salud, dándome la oportunidad de sustituirlo.

Gracias a las gestiones ante la Diputación de Málaga de Miguel Alcobendas, cineasta y selecto activista cultural, y de Pilar García Millán, diseñadora y productora, fue posible desarrollar una expedición hasta entonces inédita. Aunque en la biografía de Miguel que se encuentra en Wikipedia no aparece referencia alguna a esta expedición, su objetivo era producir un documental de naturaleza, algo por entonces extraño en España, sin más referencia que la de aquellos realizados por el equipo de Félix Rodríguez de la Fuente.

La expedición partió el 14 de Mayo de 1980, conformada los zoólogos Mario Vargas y Agustín Antúnez, y como botánicos Alfredo Asensi y yo, además de Miguel y Pilar. Viajamos en avión hacia Melilla. La experiencia del vuelo ya fue en sí una aventura (para varios era nuestro bautizo de vuelo,... ¡y vaya bautizo!). Al llegar a Melilla nos recibió el Comandante General Militar, D. José María Bougón, que nos impuso una insignia del «Adelantado», y nos ofreció todas las facilidades para el viaje hasta Chafarinas en el «barco del correo», que iba una vez por semana a llevar provisiones a la guarnición,

y ahora además para nuestra permanencia allí. En el malecón nos esperaba el siempre atento Comandante de Marina, D. Eliseo González, y el resto de la tripulación. Navegamos durante casi dos horas por el fuerte viento de levante a sotavento, arribando en el atracadero de la Isla Isabel. Durante el viaje, Alfredo me describía las formaciones vegetales que se vislumbraban entre la bruma en las costas marroquíes, apenas a dos millas náuticas desde el Cabo Tres Forcas hasta el Cabo de Aguas, y cerca de la desembocadura del Río Muluya, frontera entre Argelia y Marruecos.

Nuestra llegada fue un festival para el destacamento de las islas, compuesto por cinco civiles y un centenar de soldados, que por alguna razón habían sido sancionados. Al mando había un teniente que residía temporalmente con su mujer en la isla. Junto con el farero Antonio Osés, de la dinastía de Los Curros de Chafarinas, la última familia autóctona del archipiélago, conformaban el comité de bienvenida. Nos agasajaron con una sencilla pero exquisita comida y luego nos enseñaron nuestros aposentos en la residencia de oficiales. La sobremesa se alargó mucho, ya que no paramos de preguntar detalles de las islas. Bien avanzada la tarde, aprovechamos la bajamar para atravesar a pie el istmo hacia la isla del Rey Francisco, el «cementerio», como era allí conocida, porque en ella había un pequeño camposanto con tumbas derruidas, algunas de personajes llenos de historia. No permanecemos mucho tiempo allí, ya que la tarde languidecía. Al regresar, nos llamó la atención una barquita a remo en la que viajaba un hombre con chilaba: Chopito. Osés nos explicó que venía todos los días, siempre que no hubiese temporal, y que traía baratijas y golosinas que vendía al destacamento. Nos acercamos y también compramos algunas cuantas cosas, la típica tetera, unos gorros de lana y alguna manta.

La cena también se prolongó entre preguntas y

relatos. Allí nos contó Oses como encima del Congreso hubo un enterramiento de dos personas. La isla fue prisión, desde finales del siglo XIX, de los insurgentes cubanos, filipinos e intelectuales españoles durante la dictadura de Primo de Rivera. Así que, en 1954, Cuba pidió a España la repatriación de dos líderes de aquella sublevación, Rafael Maceo y Juan Cintra. El general Muñoz Grande, uno de los más destacados miembros del gobierno franquista, a pesar de las malas relaciones hispano-cubanas, lo autorizó, y una flotilla se desplazó desde Vigo, donde se produciría la entrega de los restos a Cuba. El padre de Osses, también farero de Chafarinas, estaba aquellos días convaleciente en un hospital de Málaga, y a alguien le preguntaron dónde estaban los restos de aquellos héroes. Les dijo que en la cumbre de la isla del Congreso. En poco tiempo descubrieron ambos esqueletos, y entre salvas y honores partieron hacia el puerto gallego para luego ir a Cuba. Cuando el joven aprendiz de farero fue a visitar a su padre a la clínica malagueña y le contó lo de los cubanos, a poco más se muere, pero de un infarto.

– *¡Pero que han hecho, si esos eran dos gitanos que se mataron a navajazos!* – gritó su padre y maestro, mientras él pensaba:

– *¿Quién se lo iba a decir? ¡A Cuba y con todos los honores!*

Al acabar la cena, el teniente nos invitó a una visita muy especial, al «morro» del puerto. Allí estaba todo el destacamento pescando. Rápidamente, nos dieron un «chambé», una tranza con unos pocos anzuelos y sin plomo, y por cebo, sardinas en sal, aunque según decían no era necesario: se «robaba» más pescado del que entraba a la carnaza. Aquello era el mejor indicador de la rica diversidad marina de la zona. Colaboramos a capturar la que iba a ser nuestra comida del día siguiente. Oses nos explicó que buena parte de la dieta era de supervivencia, y que él, en muchas ocasiones, ante la necesidad, había echado mano de huevos de gaviotas o de una colonia de palomas que habitaba en la isla del Congreso.

Aquello era un mar de sorpresas: un recluta sacaba ante nuestros incrédulos ojos una hermosa langosta a la vez que retumbaron en la lejanía unos graves bombazos.

– *Son los nuestros pescando con explosivos. Van a acabar con todo* – nos dijo enojado el comandante.

– *¿Y no podéis hacer nada?* – preguntó Mario.

– *Afortunadamente, cada vez son menos. Vienen de lejos, y los mismos de aquí los abordan, ya que saben*

que les están dejando sin sustento.

Un poco más tarde, con una luna llena espectacular, el mar empezó a resplandecer: era un mar de noctilucas (microalgas fosforescentes), uno de los fenómenos más extraordinarios que jamás he contemplado, junto con un arco iris de luna en el Estrecho.

A la mañana siguiente hicimos la primera incursión en la Isla del Congreso. Espectacular macizo volcánico por el que sobrevolaban miles de gaviotas. Las argénteas se mantenían a una cierta distancia, pero las de pico rojo o de Audouin, como anidaban en el suelo, se arrojaban sobre nuestras cabezas en defensa de sus puestas. Estas tenían allí su colonia más grande conocida y convivían con la argéntea, aunque la población de la oportunista iba siendo cada vez mayor.

Las plantas y la estructura de la vegetación nos recordaban mucho a la almeriense, y más concretamente a las de Punta Entina y Punta del Sabinar, donde Alfredo y yo habíamos estado un par de meses antes, en un paisaje muy distinto al de ese mar de plásticos que inunda hoy todo el campo de Dalías. Pero al dar unos pasos, nos topamos con algo para mi hasta entonces desconocido, una especie crasa que recordaba a un cactus. Alfredo la reconoció rápidamente. Se trataba de una asclepiadácea: *Caralluma europea* subsp. *maroccana*. Desgraciadamente, tan sólo queda el testimonio de las fotos del artículo en Jábega, ya que el ejemplar vivo que intentamos cultivar en el Departamento no prosperó, y en el herbario MGC no se conserva el pliego testigo, posiblemente porque tratándose de una planta crasa debió de descomponerse.

Mientras contemplábamos nuestro hallazgo, Agustín daba gritos anunciándonos que había encontrado un eslizón, un lagarto sin patas y ciego. Aproveché para contarnos que los eslizones son también conocidos como «alacranes» y que de ahí el dicho «Si la víbora volará y el alacrán viera, no habría hombre que al campo saliera», entendiéndose que las gentes pensaban que los eslizones por su morfología parecida a las víboras, eran igualmente venenosos. Mario por su parte, llamó nuestra atención más discretamente, para que observásemos un águila pescadora incubando sus huevos, a la par que el vuelo de un Halcón de Eleonora.

Todo era increíble, pero lo más grande estaba por llegar. Bajamos hasta una rada pedregosa, en donde comenzamos a recolectar algas, mientras Miguel y Pilar nos grababan, cuando en el otro extremo desde una gruta un ser enorme empezó a nadar hacia nosotros. Era una foca monje o foca fraile, «Peluso», el último

macho de la especie en el mar de Alborán, y uno de los escasos 300 ejemplares vivos de la especie. Los machos son sedentarios y tan sólo viajan para aparearse, mientras las hembras están en permanente movimiento con las crías. En el litoral andaluz fue frecuente ver este tipo de mamífero marino hasta mediados del siglo XX.

Nos dijeron que Peluso era muy juguetón e inofensivo, por lo que Miguel y Pilar no lo dudaron y se zambulleron en su búsqueda. En su piel pudimos comprobar por qué se estaban extinguiendo. Tenía heridas de todo tipo propiciadas por el hombre: disparos, arpones, cuchilladas... Tuvimos el gran honor de jugar con él, ya que a principios de los noventa, después de sufrir el moquillo y estar aprisionado por unas artes de pesca, desapareció. Unos dicen que murió y otros que le vieron marcharse con otra foca más joven que él. Hoy, en su lugar, Alda y otros individuos merodean por aquel santuario de Peluso.

Por la tarde visitamos el poblado de la Isla Isabel, una avenida central con barracones a los lados, aposentos de los soldados. Al fondo, una Iglesia dedicada a la Inmaculada Concepción estaba ya casi derruida. Nos contaron que allí llegaron a vivir hasta 3 000 personas, y que se celebraba todo tipo de actos civiles, además de los castrenses. Incluso, en Semana Santa se poseionaban algunas imágenes. Al atardecer la noche del viernes, uno de los reclutas nos invitó a que fuésemos a la «discoteca». «¿Discoteca en Chafarinas?» – fue la pregunta de todos. Se trataba de un «chambao» con algunos adornos singulares, con música y bebidas no alcohólicas, que servían para satisfacer las añoranzas de los fines de semanas de aquellos soldados.

Otra nueva sorpresa fue ver en la isla del Rey, mientras tomaba muestras de algas en unas rocas batidas a levante, una colonia de percebes. Recolectamos e inventariamos durante aquellos días las tres islas, mientras Miguel y Pilar rodaban sin cesar, haciéndonos repetir escenas. Hasta donde sabemos, el documental llegó a producirse e incluso exhibirse en el Certamen de Cine Científico de Ronda, en donde obtuvo un galardón, pero jamás llegamos a verlo los iniciáticos actores.

El último día en las islas, ya era domingo, lo dedicamos a la despedida, agradecimientos y discursos de todo el personal. Un acto especialmente emotivo. Cuando volábamos de regreso a Málaga, el comandante del vuelo tuvo la gentileza de mostrarnos desde la altura una perspectiva del archipiélago que aún conservamos en la retina.

Como recuerdo, quedan los artículos publicados en

Jábega, con una magnífica introducción de Francisco Mir Berlanga, un relato publicado por Laura Smith en el desaparecido «SOL de España», estas seis diapositivas que conservaba, los testimonios en el herbario MGC... ¡Ah! Y los apuntes del Cuaderno de campo que han servido para rememorar aquella experiencia única.

Epílogo: Años más tarde, gracias a un profundo trabajo sobre la flora y la vegetación del archipiélago realizado por Emilio Blanco (1988), supimos que estas islas habían sido visitadas anteriormente por unos farmacéuticos militares a finales del siglo XIX, por Gandoger en 1908, y que incluso, según González Bueno, en 1902 se inició una tesis inédita por Bescansa que llevaba por título «Herborizaciones fanerogámicas de las Islas Chafarinas y sus inmediaciones del Campo del Moro», que a pesar de estar muy avanzada no llegó a presentarse. En cualquier caso, en aquellos momentos nos sentimos naturalistas pioneros en aquel maravilloso archipiélago, y hoy, cuatro décadas después, aún mucho más.

Referencias

- [1] Antúñez Corrales A y Vargas Yáñez JM. (1980) Inventario faunístico de Chafarinas. *Jábega* 32: 60-64. <http://www.cedma.es/catalogo/jabega.php?num=32>
- [2] Asensi Marfil A y Salvo Tierra ÁE. (1980) La vegetación de las Islas Chafarinas. *Jábega* 32: 55-59. <http://www.cedma.es/catalogo/jabega.php?num=32>
- [3] Blanco Castro E. (1988) Plantas de las Islas Chafarinas y descripción de su paisaje vegetal. Actas del Simposi Internacional de Botanica Pius Font i Quer. Vol VII. *Fanerògamia*: 333-343. https://www.miteco.gob.es/es/parques-nacionales-oapn/centros-fincas/chafarinas/Plantas%20Chafarinas_tcm30-280254.pdf
- [4] Mir Berlanga F. (1980) Las Islas Chafarinas, Las: historia del archipiélago de Chafarinas. *Jábega* 32: 51-54. <http://www.cedma.es/catalogo/jabega.php?num=32>

RELACIÓN DE ESPECIES DEPOSITADAS EN EL HERBARIO MGC

CORMÓFITOS

<i>Anagallis arvensis</i>	<i>Limonium echioides</i>
<i>Arthrocnemum macrostachyum</i>	<i>Lobularia maritima</i>
<i>Asclepias curassavica</i>	<i>Lycium intricatum</i>
<i>Atractylis cancellata</i>	<i>Malva sylvestris</i>
<i>Atriplex halimus</i>	<i>Marrubium alysson</i>
<i>Beta vulgaris</i>	<i>Mercurialis ambigua</i>
<i>Brachypodium distachyon</i>	<i>Mesembryanthemum crystallinum</i>
<i>Bupleurum semicompositum</i>	<i>Nicotiana glauca</i>
<i>Centaurea sphaerocephala</i>	<i>Papaver dubium</i>
<i>Centaurea melitensis</i>	<i>Pistacia lentiscus</i>
<i>Chenopodium murale</i>	<i>Plantago coronopus</i>
<i>Chrysanthemum coronarium</i>	<i>Plantago albicans</i>
<i>Convolvulus althaeoides</i>	<i>Polycarpon tetraphyllum</i>
<i>Daucus carota</i>	<i>Reichardia tingitana</i>
<i>Ecballium elaterium</i>	<i>Salsola vermiculata</i>
<i>Erodium cicutarium</i>	<i>Sonchus tenerrimus</i>
<i>Euphorbia dendroides</i>	<i>Spergularia bocconii</i>
<i>Fagonia cretica</i>	<i>Suaeda vera</i>
<i>Frankenia corymbosa</i>	<i>Tamarix aphylla</i>
<i>Lamarckia aurea</i>	<i>Umbilicus gaditanus</i>
<i>Launaea arborescens</i>	<i>Urtica urens</i>
<i>Limonium hibericum</i>	<i>Withania frutescens</i>

ALGAS

<i>Acrosorium ciliolatum</i>	<i>Gelidiella lubrica</i>
<i>Asparagopsis armata</i>	<i>Herposiphonia secunda</i>
<i>Ceramium gracillimum</i>	<i>Jania rubens</i>
<i>Ceramium echionotum</i>	<i>Lomentaria clavellosa</i>
<i>Champia parvula</i>	<i>Nemalion helminthoides</i>
<i>Cladophora prolifera</i>	<i>Peyssonnelia squamaria</i>
<i>Cladostephus spongiosus</i>	<i>Platythamnion plumula</i>
<i>Codium vermilara</i>	<i>Porphyra umbilicalis</i>
<i>Colpomenia sinuosa</i>	<i>Pyropia olivii</i>
<i>Corallina elongata</i>	<i>Sargassum vulgare</i>
<i>Cystoseira mediterranea</i>	<i>Sphacelaria cirrosa</i>
<i>Cystoseira compressa</i>	<i>Spyridia filamentosa</i>
<i>Dictyopteris membranacea</i>	<i>Stypocaulon scoparium</i>
<i>Ectocarpus siliculosus</i>	<i>Valonia utricularis</i>
<i>Gastroclonium clavatum</i>	

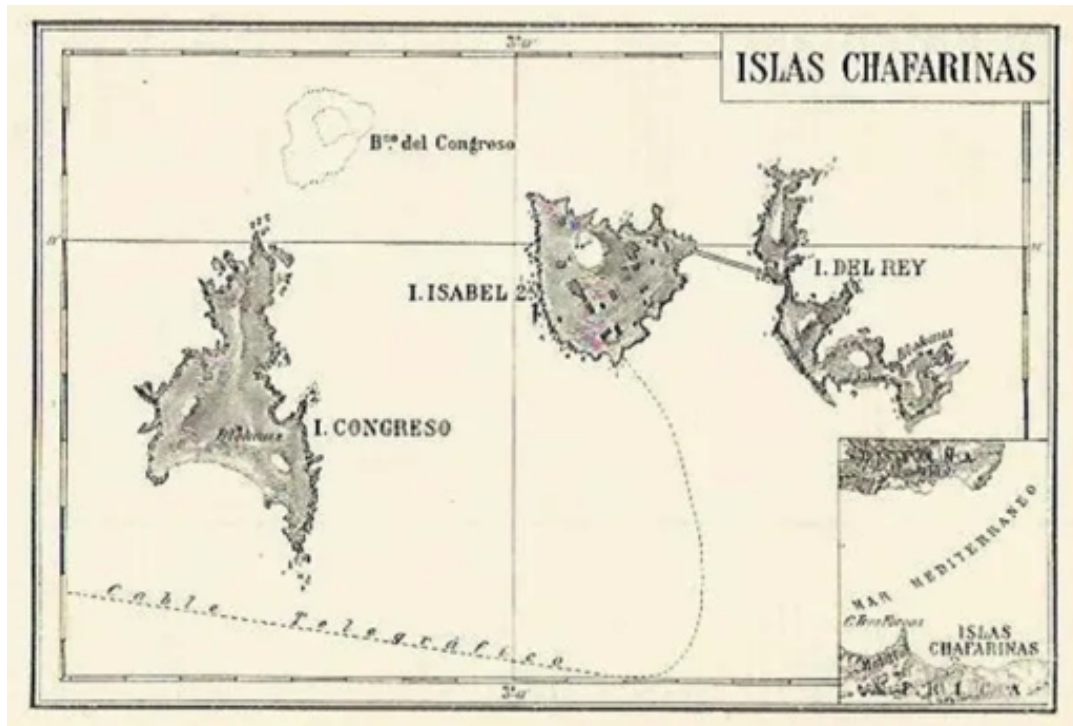


Figura 1: Cartografía utilizada en la preparación de la expedición extraída de Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana de Espasa Calpe de 1922.



Figura 2: Las islas de Isabel II y del Rey desde la Isla del Congreso.



Figura 3: Rada de la Isla del Congreso donde vivía Peluso. La cabeza en primer término corresponde a Miguel Alcobendas, el chapoteo del fondo a Pilar, y a medio camino entre ambos, la cabeza de Peluso.



Figura 4: La cumbre de la Isla del Congreso. Obsérvese a la derecha como uno de los miembros de la expedición es casi tumbado por una gaviota de Audouin.



Figura 5: La claridad de los fondos marinos era espectacular. En estos acantilados a los pies del fotógrafo se encontraba *Caralluma europea*.



Figura 6: La gruta en la que habitaba Peluso.



Figura 7: Foto de familia, antes de partir, delante de la residencia de oficiales: nuestros amigos para siempre, Mario Vargas (en el centro con gafas y el gorro que se compró), junto a él Pilar García Millán, y a continuación Antonio Osés; abajo Miguel Alcobendas (con la niña), Alfredo Asensi (de rojo) y Enrique Salvo (con la cámara). Por tanto, la foto debió de hacerla Agustín Antúnez, el único que falta.



Figura 8: Página del *Sol de España* con el reportaje de Laura Smith sobre la expedición.